

Una antología de Luis Palés Matos desde España

TONI MONTESINOS
Crítico del diario *La Razón*

No hablaré de Palés Matos en esta presentación de Palés Matos. Tengo a mi lado a la máxima especialista en el escritor, Mercedes López-Baralt, y yo soy solo un modesto lector que de vez en cuando puede poner sus ilusiones literarias por escrito. No puedo venir del otro lado del océano para enseñarles la poesía de su propio poeta. Pero trataré de hablar de los alrededores del libro, de *mi* Palés Matos, porque creo que es bueno que cada generación reinterpretate al poeta que ha perdurado por su trascendencia artística, e incluso desde un ámbito exterior. No me atrevo a hablarles de su poeta, en definitiva, pero sí de *mi* poeta Palés Matos.

Se diría que uno sabe menos al final de una investigación que al comienzo. Me explico: cuando cursé en Barcelona cinco años de Filología Hispánica, en el primer lustro de los años noventa, no apareció el nombre de Palés Matos ni una sola vez. Pero por qué insinúo que ahora sé menos de él que entonces. Pues bien, porque lo conozco. Y es que, cuando uno desconoce algo, se siente cómodo. Henry David Thoreau defiende en su texto *Caminar* la opción de una «Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello»; me parecía oportuna esta cita para hablar de mi primera ignorancia de Palés Matos, cuando no lo conocía, y de mi segunda ignorancia de Palés Matos, tras leerlo; Thoreau hablaba en esos términos no con el ánimo de privilegiar la ignorancia sino más bien para desenmascarar pedanterías y demás vanidades. A mi juicio, el empezar a conocer a un poeta es la mejor manera de no saber nada de cierto del alma del escritor en cuestión. Porque uno se hace preguntas, tiene que hacer un viaje en el tiempo, y obtiene pocas respuestas, pues el genio poético ajeno es difícilmente transitable. Somos conscientes de que no sabemos apenas nada de lo que acabamos de descubrir; aunque el descubrimiento de un nuevo autor sea una de las experiencias lectoras

más estimulantes.

La búsqueda en pos del saber en Thoreau es intermitente, como él mismo reconoce, pero su curiosidad, constante. «Lo más alto a lo que podemos aspirar no es al Conocimiento, sino a la Simpatía con la Inteligencia». Yo intenté aplicar mi *simpatía* a la obra de Palés, desde la acepción griega antigua de la palabra, es decir, «tratar con emociones», «participar de una comunidad de sentimientos». Ese revoltijo de sentimientos que me despertaba descubrir Puerto Rico a partir de las gentes del presente, y los escritores del pasado.

Permítanme una digresión íntima. Ahora no puedo concebir mi mirada de la vida sin todo lo que Puerto Rico me ha dado; cuán pobre hubiera sido mi trayectoria de no haber gozado de lo que el país me ha concedido, que es lo más grande: una familia, compañía y amistad. Aún floto en ese asombro, que se hace más intenso y emotivo en acontecimientos como este, donde la pasión literaria y la pasión por la sociedad boricua confluyen. Todo empezó como empiezan las grandes historias, con el Amor en mayúsculas. Y ese amor a una persona se ramificó por un amor a las personas que la rodeaban, a los tipos de vida y de lenguaje que la rodeaban. Yo no soy un escritor catalán, ni tampoco español, soy un escritor *en* español, porque la patria es el idioma, es la forma de comunicarnos con los nuestros. Porque además el idioma define un modo de comportamiento, de transmisión de sentimientos o inquietudes, y de eso también me enamoré.

Así que tienen enfrente a un amante de la literatura y de una mujer boricua que cambió todo su mundo interior. Y entonces pasó el tiempo, y una mañana, en una playa de la Costa Brava, leí a esa bella dama las referencias boricuas que estaba descubriendo a través de un libro que me estaba encantando. Porque los libros son caminos del mundo que a veces se abren para que los andemos con nuestra autobiografía a cuestas; son pasadizos secretos, son laberintos guiados. La lectura nos ubica y nos traslada, nos relaciona y nos descubre asuntos que nos encienden el alma, que nos propulsan a salir de la Ignorancia Bella hacia la Simpatía del descubrimiento. El libro en cuestión era *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, de Ricardo Gullón. Este viajó a Puerto Rico en los años cincuenta para preparar un libro sobre el modernismo hispanoamericano a partir de las clases

que daba Juan Ramón en Río Piedras. En paralelo, fue transcribiendo esas conversaciones a modo de diario, donde además comentaba sus diferentes reacciones ante la realidad boricua, que le deslumbró, como había pasado con Salinas y otros escritores españoles. Gullón hablaba del Viejo San Juan, del clima, de la comida, de la gente... –asuntos que ya iban siendo familiares para mí– y citaba a autores autóctonos, que incluso le destacaba Juan Ramón.

No es casualidad que en estos casos, como en el mío, sea la mujer el elemento primordial del descubrimiento y el enamoramiento boricuas. No en balde, Juan Ramón dice en su libro póstumo *Isla de la Simpatía*: «Esta isla es un país para el hombre que viene; y un país para el hombre que viene, empieza siempre por la mujer». Y yo añado: Empieza y acaba en él, en efecto, y vuelve a comenzar y acabar, cada día, renovándose; por ello: «Esta isla de Puerto Rico y de la Simpatía me está pareciendo como un amable regazo femenino, madre y mujer en medio de la mar. ¡Qué duda cabe de que ésta es una tierra femenina!». Para mí también Puerto Rico constituye un regazo maternal, un verdadero hogar. Y un hogar se asienta sobre todo en el factor femenino. Gullón y Juan Ramón coincidirían en mirar la feminidad del paisaje puertorriqueño, y también en otra cosa: en el hecho de que Luis Palés Matos es «el poeta más entrañablemente puertorriqueño y el más universal de la isla». Esta fue la clave para mí: mi primera salida de la ignorancia sobre quién era este poeta del que nunca, yo, un licenciado en Filología Hispánica, con un doctorado en Humanidades, no había oído hablar. Aquella mañana en una playa de Blanes, en algún punto de la arena infinita, emergió la semilla de la idea de editar en España a Luis Palés Matos. Leo cómo a Gullón le «encanta la plasticidad de su palabra poética, su vitalidad y la fuerza de su expresión». No se puede hablar mejor de un poeta.

Debo decir que editar a Palés era fundamentalmente reparar un olvido. Solo se había publicado *Tuntún de pasa y grifería* en España, en 1994. Así que el hecho de que el libro haya acabado en una colección, Palimpsesto (de Sevilla), que precisamente se orienta a hacer accesibles clásicos de la poesía hispanoamericana, creo que es un buen cierre al proyecto. Se da la circunstancia de que en mi ciudad, Barcelona, se publicaría la antología poética *Álbum puertorriqueño* en

1844, de modo que más de un siglo y medio después yo, en mi calidad de barcelonés, he alargado ese puente simbólico entre mi primer hogar y mi segundo hogar. La idea fue rescatada a finales del año pasado y pasé la Navidad preparando la selección de poemas y lo que quería decir en el prólogo. En cuanto a la selección, tenía que ser muy cauto, porque estamos ante un escritor de obra bastante extensa pero que no tuvo afán por publicar, e incluso puede entenderse que se arrepintiera de publicar sus versos adolescentes, el libro *Azaleas*. Entonces fue primordial, para ser respetuoso con el autor, elegir aquellos poemas que a él mismo le parecieran dignos de ser seleccionados en su día. Por eso acabé en la biblioteca de Filología Hispánica un día, la universidad en la que nunca había oído hablar de Palés pero que atesoraba unos cuantos libros de él que para mí fueron un tesoro, y encontré la antología que publicó en 1957 con Federico de Onís. Y en ella me basé para elegir los poemas y estructurarlos a partir de los poemarios encontrados o editados.

Onís dice: «La poesía de Palés Matos es española y es negra, y es, como toda la cultura del Caribe, mucho más, porque el Caribe es el punto de confluencia de las otras culturas nórdicas europeas y de la americana de los Estados Unidos. El Caribe es uno de los puntos más cosmopolitas y universales del planeta, y por eso es universal y cosmopolita la poesía de Palés Matos.» Es una frase fabulosa, que hace de Puerto Rico el epicentro de varias culturas, y a mí esas aristas que podrían definir el triángulo que se establece entre Nueva York y su cultura anglo-hispana, España y el Caribe me interesa sobremanera. Porque vivo, humana y literariamente, en ese triángulo. Porque mis emociones e intuiciones como lector deciden los objetos de mi interés.

Y mis intereses se mueven por el territorio de lo inútil, de la Literatura en mayúsculas, que en realidad murió en el año 2000, como explica el hijo de Ricardo Gullón, Germán, en su libro *Los mercaderes en el templo de la literatura*. Un ensayo sobre cómo la entrega a las bellas letras ha desaparecido, para asentarse un ambiente de producto comercial, donde el autor es una marca y la calidad artística del texto decae cada vez más. Un ambiente de mercadotecnia y publicidad, masticado por la era digital, que es todo lo contrario a la entrega de un Palés Matos, de un Juan Ramón, cuya entrega artística

era algo sagrado, esencial, auténtico. En un ensayo que titulé «La resistencia del ideal» yo intenté hablar de esos autores para los que la religión de la literatura era un desafío diario, puro, sin intereses más que el propio de alcanzar la plenitud expresiva. Es un ambiente que ha explicado muy bien Mercedes, presidido por la oralidad, por el gusto de escuchar recitar poesía. Los poemas de Palés Matos viajarían a España o Argentina o Nueva York por medio de recitadores profesionales, por ejemplo. Es un ambiente efervescente, de pasión literaria, ya desaparecido, que se cimentaba en tertulias y recitales en San Juan, entre amigos de vanguardia pionera en la isla.

¿Por qué digo todo esto? Creo que hoy en día, si hablamos de poesía, esa cosa extraña cada vez más para las nuevas generaciones, cabe reflexionar sobre qué demonios es la poesía, cómo se justifica un interés por ella. Es algo que nos interesa a muy pocos, algo de trascendencia que no tiene trascendencia alguna en nuestra sociedad, que se asienta en el mercadeo y las desigualdades económicas. Juan Ramón, en *Isla de la Simpatía*, en un capítulo que dedicaba al problema de la lengua en Puerto Rico y las cosas buenas que Estados Unidos ofrecía a la isla, decía que «el dinero no puede ser una meta. No todos, por fortuna, podremos ser nunca capitalistas de papel de cambio más o menos garantizado; pero todos, por fortuna también, poseemos una mina propia, un banco, si se quiere, en la cabeza; todos podemos ser, lo he dicho muchas veces, capitalistas de ideas y sentimientos». La literatura ofrece eso: un enriquecimiento que no entiende de euros o dólares y que creo que hay que reivindicar para sensibilizarnos ante el mundo de las ideas, de la belleza y audacia literarias.

Por eso antes aludía al concepto de inutilidad. Lo que estamos haciendo aquí es absolutamente inútil. Y por eso mismo tiene la mayor de las utilidades. Ovidio decía que no hay nada más útil que el arte, que no tiene ninguna utilidad. Limitar la vida al trabajo o el empeño económico supone dejar de alimentar el romanticismo, la capacidad de crear y soñar y cultivar una opinión propia de los misterios del mundo. Hace un par de años, leí un librito maravilloso del ensayista italiano Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil*. Eran páginas en contra del pragmatismo, del materialismo, a favor de la decencia social y

la importancia del arte para la vida humana. Tomaba una frase de Cicerón que decía: «El hombre se empobrece al enriquecerse», pues la ambición por el dinero destruye el conocimiento y el espíritu. En conclusión, hay que preferir lo bueno antes que lo útil. Yo vengo de un país desolado por la crisis, la pobreza y la irritación social ante la desesperanza del desempleo y la falta de perspectivas. En una situación así, la cultura es más primordial que nunca. La lectura de los clásicos y la enseñanza, el cultivo de lo que no supone beneficio inmediato, pueden ayudarnos a resistir, a mantener viva la esperanza, a entrever un rayo de luz que nos permita recorrer un camino decoroso, moral, ético. El mismo que quería Thoreau, como constató cuando se aisló en Walden Pond: le llamaban vago e inútil por no hacer nada salvo vivir entre árboles, observarlos y aprender de la naturaleza, pero alababan a los que los talaban para manipularlos en las fábricas o haciendo postes de telégrafos.

A mí me interesa sobremanera la entrega a esa inutilidad de ciertos seres que tienen en mente la preocupación por una rima o una coma el día entero, que consagran la vida a recrear en palabras el pensamiento y el sentimiento, tanto individual como colectivo, de todo un pueblo, lo cual es un acto de sensibilidad y generosidad grandioso. Como en Palés. Desde aquel día en la playa su personalidad fue abriéndose camino entre mis inquietudes, en mi Simpatía con Inteligencia, y me fascinó ir conociendo cosas sobre el poeta: saber cómo su niñez en Guayama y su relación con gentes de ascendencia africana y costumbres esotéricas será definitorio para su obra poética. Además, es un dato simbólico fantástico que naciera en 1898, el año de la invasión norteamericana a la isla, que abre un largo periodo de inestabilidad política. La negritud, el pensamiento sociopolítico y la conciencia de una misma cultura espiritual mestiza y caribeña se fusionan, digo en el prólogo sin un ápice de originalidad, pues ya otros lo han destacado mucho mejor que yo.

Otra cosa que descubrí es su novela inacabada y dada por entregas, *Literal*, subtitulada, atención, *Reseña de una vida inútil* (1949), donde las anécdotas vitales son instrumentos para entender los asuntos que luego va a trasladar a la poesía. Y algunas entrevistas donde explica su ideario político, su pretensión de captar una realidad que conecte

con el alma del pueblo, como ocurre también en los romances gitanos de García Lorca o las soleás marineras de Rafael Alberti, autores que buscan la «reintegración espiritual a los motivos populares», según le señala a Ángela Negrón Muñoz en una entrevista de 1932. Entiendo que Palés sintió que su deber como artista era tomar la vida espiritual de las islas –Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, que tienen un modo peculiar y homogéneo de cultura– y encontrarle su adecuada expresión literaria. Dijo tener claro que el escritor debía tomar para su arte cosas de su propio ambiente, de lo circundante, del ritmo vital de su pueblo. Y decía: «Y por pueblo debe entenderse, acomodación básica entre raza y paisaje». Ese es el título que elegí para la antología de *mi* Palés Matos, que ahora ya es, desde este instante, el de ustedes.

(Texto leído en la presentación de *Raza y paisaje. Antología poética 1915-1954*, de Luis Palés Matos, el 2 de julio de 2015, en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.)